

LA RAIZ DEL MAL

Por ABEL CARBONELL

ASPIRABA TITO LIVIO, según afirma en el primer capítulo de su Historia Romana, a investigar quiénes fueron los hombres, cuáles las normas de conducta y las artes que fundaron la grandeza del Imperio. Aspiraba a perpetuar la memoria de los hechos magníficos llevados a cabo por la Nación que fue durante siglos la más ilustre del mundo; y que fue también pródiga en buenos ejemplos, porque, cerrada al lujo y a la sed inmoderada de riquezas, rendía culto a la templanza y a las austeras tradiciones.

Pero sólo un provecho esperaba el historiador de su trabajo: abstraerse del espectáculo que en su tiempo, ofrecían la opulencia vanidosa, el debilitamiento de toda disciplina y el afán desenfrenado de placeres.

Desesperanza profunda palpita en aquella primera página. Desesperanza justificada por el fracaso de leyes que pretendían contener la disolución y que sólo lograban precipitarla. "No resistimos el mal, ni el remedio". Idéntico desconsuelo trasciende a algunas estrofas de Horacio; y no menor debió padecer Augusto en las postrimerías de su existencia.

Los tiempos eran relativamente tranquilos; la autoridad acatada, hasta el punto de que en Roma y las colonias, Augusto recibía adoración como uno de los dioses lares. Pero el emperador así glorificado, no cerraba, no podía cerrar los ojos, al fracaso de la política que, durante ocho lustros, había desarrollado con ánimo de restaurar la pureza de las antiguas costumbres. Porque, de la corrupción general, tenía lacerantes testimonios en el círculo de sus afectos íntimos y en su propia conciencia. Con él se inició el proceso que condujo a la ruina de la civilización romana.

Siendo codiciado el oro como supremo dispensador de la dicha y como medida de mérito personal, por fuerza prevalecían las aficiones licenciosas, emparejadas con el menosprecio de la justicia, de la verdad y de la inocencia. A las obras maestras del teatro, las gentes preferían la lucha de gladiadores

y Ovidio, el apologista del adulterio, era autor predilecto de nobles y plebeyos.

Ausentes del matrimonio los móviles espirituales que lo sublimizan y muchas veces hasta la simple inclinación amorosa; despojado por el divorcio de trascendencia, se concertaba y se disolvía según los consejos de la política, del capricho o de cálculos mezquinos. Y, siendo el divorcio el fin más probable de toda alianza conyugal, con la esterilidad voluntaria se allanaba el camino a la ruptura.

De la casa del Príncipe descendían los ejemplos corruptores. El mismo Augusto, que había desposado a Scribonia para reconciliarse con la familia de Pompeyo, la repudió por Libia, quitándosela a Claudio, de quien ésta esperaba el segundo hijo. Inquieto por el prestigio de Agripa, quiso vincularlo a su política y lo unió a su hija, para lo cual el ilustre personaje hubo de repudiar a su primera mujer Marcela. Muerto Agripa, Julia se casó con Tiberio y en este segundo enlace, sus infidelidades fueron singularmente desvergonzadas.

Ofrece aquel período características cuya semejanza con las de los tiempos que corren es impresionante. No faltaban voces, cual las de Tito Livio, Horacio y Virgilio, clamantes por un orden en las ideas y sentimientos que moderase los impulsos del bajo egoísmo. Pero clamaban en el desierto, como claman en el desierto los estadistas modernos que defienden ideales de paz y de justicia, porque no atacan, como no atacaron aquéllos, la raíz del mal.

Existe paralelismo constante y lógico entre el concepto que una época tenga del matrimonio y la ética que gobierne los otros aspectos de la vida colectiva; todas reflejan la nobleza o mezquindad prevalecientes en las alianzas conyugales. Cuando éstos no responden a impulsos más elevados y trascendentales que la fugaz atracción de los sexos; cuando se debilitan las fuerzas morales que cimentan el hogar, es imposible que, en la demás relaciones entre individuos, no se subordine la moral a los intereses egoístas. Imposible también que no se debilite el respeto a las normas que regulan, o debieran regular las relaciones internacionales.

Brentano, en su estudio sobre el Renacimiento, muestra cómo la nación francesa se formó alrededor de la familia, única fuerza organizadora que escapó al alud anarquizante del décimo siglo. De generación en generación fue acentuándose su influjo social; y tanto que, por la transformación de sus normas en instituciones públicas, vino a ser la creadora del Estado.

En cambio, la derrota de Francia en la última guerra fue obra, según Maurois, de ministros manejados por intrigas de alcoba. En las altas esferas se hacía mofa del vínculo conyugal sin escándalo para nadie. Así, la gran nación contempló el derrumbe de su glorioso poderío a medida que la mo-

ral religiosa, rígida e invariable, fue sustituida en el régimen matrimonial, por la moral laica que afloja y estira según los reclamos del interés o del capricho.

El cristianismo, mediante la consagración sacramental del matrimonio, lo hizo seminario de vigorosa disciplina, capaz de contener la gran fuerza destructora de los pueblos que es la voluptuosidad; escuela de sacrificio, de tolerancia, de cooperación y en fin de las modestas virtudes que aseguran la paz hogareña y que asegurarían la paz internacional si los estadistas no se empeñaran, como se empeñan, en realizarla mediante acuerdos económicos y financieros.

Es cierto que una vaga orientación espiritualista surgió después de la primera guerra mundial. Desde entonces hablan los políticos de Dios, del sentimiento religioso y de acciones de gracias; pero esos son brotes esporádicos, a manera de formalidades protocolarias en las relaciones con la Divinidad. En los tratados y en las leyes campea por sus respetos el materialismo, raíz de todas las angustias que padece el mundo.

Hanse invertido los términos del precepto evangélico: se busca ante todo la prosperidad económica, esperando que el reino de Dios y su justicia, nos sean dados por añadidura.

ABEL CARBONELL

DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES